Qué parecida a Evita

*No quiero saber -como los otros- el primer error,
la manera equivocada del recuerdo.
No quiero saber si se dificulta soledades,
si la muerte es una paciente conjetura.
No quiero saber si está muy sola,
si el futuro disminuye, si el pasado necesita mucho espacio.
No quiero saber si comprende. No.
No quiero saber -como los otros- cuántos años tiene.
Me basta saber que alguien la mira.
Norah Lange*

*Qué parecida a Evita era la abuela, se me escapa, y enseguida me arrepiento.
No se habla de política ni de religión en las reuniones de esta familia.*

Hay un cuadro enorme con marco dorado y un dibujo en grafito en el medio del comedor principal. Es mi abuela querida, la oficial. Tiene la nariz fina y aguda de los sabuesos que hurgan en los detalles y un rodete blanco prendido con una hebilla de perlas luminosas.

En el lugar donde comemos, para que la recordemos al tragar.
Mi hermana adora los recuerdos, yo les tengo terror. Será que los primogénitos cargamos la bolsa de alientos cansados.

A los 6 ví por primera vez una imagen de Eva.
Había muerto hacía unas horas dejando un país de huérfanos que miraban el cielo amenazador. En el balcón de casa colgaba una bandera nueva. En el tocadiscos de púa sonaba la marcha de la Libertadora. Entonces algo excesivo me violentó las orejas.

*Mancha, pido, no juego más.
Los grandes escondían su satisfacción, que no escuche la sirvienta por favor.*

Las buenas familias tenían domésticas y niñeras, autos, vacas en el campo y televisores con perilla. Después del aullido de la Jefa de los descamisados les dieron delantal a las sirvientas. *Que se adecuenten, que almuercen lo mismo que todos. Postre no, no se olvida el origen.*

Hubo un tiempo en el que se envalentonaron. Se probaron los sombreros de las dueñas, se pusieron dientes con granos de choclo, con la boca abierta se rieron. Dicen que Ella murió.

Era julio, las hojas de los tilos rugían al contacto de las suelas. Yo iba de la mano de mi padre, tironeada por sus pasos simétricos. La página de un diario de la capital apareció rota en los adoquines. Alrededor de la foto, unas caricaturas grotescas la burlaban y en letras enormes ví el titular con su nombre. Estaba en primer grado, ya leía mamá, papá, oso, cama, Eva. Era ella, la puta, la insurrecta. La que se mereció el cáncer.

Sentí en la cara un calor y en el corazón un asma: estaba viendo a la Innombrable y era tan bella.

Cuando él se dió cuenta de mi trance, pellizcó la manga del saquito, me levantó brusco hacia el cordón de la vereda, pisó la foto. Entre las hojas de los plátanos se hundió, y con ella las preguntas,

quién es la Dueña de ese gesto puro y violento
quién esa Muerta viva que hay que hundirla con zapatos para hacerla callar.

No diga malas palabras, m'hija, dijo mi abuelo cuando pude contarle, *vaya y límpiase la boca con jabón blanco de lavar*. Me la lavé.

Cuando llegó el verano comí la comunión. Me pusieron un vestido de muñeca boba y un rosario colgando en la cintura, de decoración. Era el 8 de diciembre, día de la Virgen y mi abuela cursaba los últimos jadeos de su propio cáncer en cama de roble.

Entonces me mandaron, con miriñaque color hostia, para el saludo final. Trepé las escaleras alzándome la falda, manoteando palabras en el aire ¿qué se le dice a los que van a morir? ¿se puede sonreír? ¿le regalo mi estampita? ¿tendría que llorar un poco?

Mi abuela tenía la piel ajada y transparente de los que suben al tren sin vianda ni boleto para picar.

Me llevaron hasta su lámpara, la miré antes que me mirara, el pelo atado en un rodete perfecto, la nariz justa de huesos, los ojos mojados de agua bendita.

Tan bella la ví, pero tan bella, que entré en un sopor confuso:

Eva- murmuré *-Eva*, le dije, y escuché la protesta en el repiqueteo de su dentadura postiza.

Recuerdo que alguien, no sé quién de la familia, me empujó rápido al pasillo sin luz.

Y que durante esa tarde nadie me habló.

María Marta Urrutia
Julio 2025